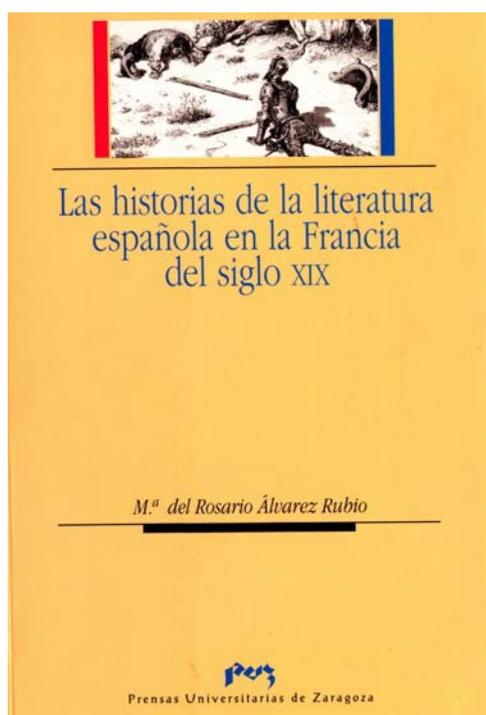


Miradas de la Francia decimonónica hacia las letras españolas *

Lidia Anoll

Universitat de Barcelona

anoll@ub.edu



La lectura de *Las historias de la literatura española en la Francia del siglo XIX*, de M^a del Rosario Álvarez Rubio, tiene todo el sabor de una de aquellas clases magistrales en las que, tras una investigación rigurosa, el profesor aportaba una información riquísima que culminaba en una exposición clara, bien argumentada que constituía un deleite para sus alumnos. Aquí, la exposición clara y bien argumentada se completa con numerosísimas notas a las que el lector no puede dejar de acudir, puesto que no solo ilustran cuanto se dice en el texto sino que constituyen una fuente de información extraordinaria. No en balde, Antonio Fernández Insuela dirige, en el prólogo de la obra, unos muy merecidos elogios a la que fue su alumna, al tiempo que da cuenta de su doble formación

en filología hispánica y filología francesa, lo cual le permite llevar a cabo ese trabajo que entra plenamente en el ámbito de la literatura comparada. La rigurosa evaluación de su contenido nos facilita ya algunos apuntes introductorios. Los «Preliminares» que siguen, obra de Álvarez Rubio, dan testimonio de su filiación universitaria: pro-

* A propósito de la obra de M^a del Rosario Álvarez Rubio, *Las historias de la literatura española en la Francia del siglo XIX* (Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007; 398 páginas, ISBN: 978-84-7733-949-6).

pósito, enfoque diacrónico, jalones del examen diacrónico, selección de textos para dar cuenta del panorama general sobre los juicios que suscita la literatura española durante el período previo a su estudio, utilidad de los cortes diacrónicos que lleva a cabo para una mejor apreciación de los fenómenos estudiados, etc. Al igual que el prologuista, anuncia algunos aspectos que facilitan la introducción a una materia muy densa.

El cuerpo del trabajo se distribuye en dos partes. La primera, «La literatura española en Francia entre la rehabilitación y el prejuicio» aborda temas como: la «Apertura del canon occidental», «Redescubrimientos de la literatura española» y «La traducciones en la revalorización de la literatura española». La segunda, «Contribuciones a la historia de la literatura española en Francia» es aquella en que se efectúan los cortes diacrónicos que Álvarez Rubio anunciaba en los preliminares. Mediante estudios, historias, cursos magistrales, artículos se da cuenta de los estudiosos, los compiladores, los artífices o los impulsores de su difusión.

Una conclusión rigurosa cierra ese trabajo que va seguido de una bibliografía exhaustiva, de gran utilidad para todos aquellos que deseen profundizar en el tema, o que quieran recabar información sobre algún aspecto de los allí tratados.

Interesante el capítulo titulado «Apertura del canon» con el que se abre la obra, puesto que nos pone en guardia sobre el interés hacia España demostrado por Francia. Se trata, siempre, de algo puntual, de algún aspecto concreto, como la boga romántica de lo español, la importancia concedida a los personajes del romancero y de las crónicas, a las obras de teatro del Siglo de Oro, etc. Imbuida de la importancia que le otorgara el Clasicismo, Francia continúa viviendo de su herencia y muestra cierta indiferencia hacia el país vecino. No menos interesante es el capítulo consagrado al redescubrimiento de la literatura española en la segunda mitad del siglo XVIII. Curiosamente, al tiempo que se observan, por parte de Francia, numerosos indicios de una gran curiosidad por las letras españolas, los enciclopedistas demuestran su indiferencia y contribuyen a su descrédito. En ese contexto se comprende que la tentativa de La Dixmerie, por novedosa y osada, no tuviera continuidad alguna. La recepción de la literatura española –afirma Álvarez– vence paulatinamente las reticencias de Francia, incluyendo noticias, reseñas y traducciones en la prensa periódica de mediados de siglo. Los eruditos españoles se fraguan, de este modo, un lugar dentro de la literatura francesa del siglo XIX. Como apuntaron Delisle o Lefevre, las traducciones contribuyen no solamente a la difusión de un género y sus reescrituras, sino también de una poética y una ideología. Sin embargo, el hecho de que la mayoría de lectores no pueda leer las obras en la lengua original fomenta las adaptaciones al gusto francés. Aunque la posición de ciertas «eminencias», como La Harpe, no sea muy halagadora, no faltaron iniciativas para llevar a la escena francesa alguna que otra obra del barroco español. La exaltación caballeresca y la galantería amorosa, propias del género novelís-

tico, fueron muy apreciados durante el Siglo de las Luces antes de la exaltación romántica y hasta bien entrado el siglo XIX. El romancero, a su vez, fue uno de los pilares fundamentales de la reivindicación de la originalidad literaria española.

En la segunda parte, Álvarez Rubio hace una exposición muy detallada de las distintas contribuciones al conocimiento de la literatura española en Francia: estudios, historias, cursos magistrales, artículos, antologías, manuales, etc. Después de un capítulo introductorio –cuya síntesis el lector aprecia mucho mejor después de haber leído los capítulos siguientes acotados por las obras y juicios de un solo autor– la autora procede a la descripción de la obra de un precursor, Malmontais, *Essai sur la littérature espagnole*, «recorrido cronológico comentado por las escuelas, estilos y autores dignos de mención» (p. 103), para continuar con la de los tres nombres que constituyen la tríada difusora de la primera década del siglo XIX: Bouterwek, Schlegel y Sismondi.

En cuanto a Bouterwek, se concede especial atención al tercer tomo de su inmensa obra, *Geschichte der Künste und Wissenschaften seit der Wiederherstellung derselben bis an das Ende des achtzehnten Jahrhunderts*, consagrada a la literatura española que, en traducción francesa de Mme Steck, contribuyó a la difusión de esta literatura entre los estudiosos y los emigrados españoles establecidos en Inglaterra o Francia, así como de los españoles residentes en su país, durante la última etapa del reinado de Fernando VII. «Esta primera historia autónoma de la literatura española, desde el nuevo y pujante centro intelectual europeo [Alemania], promueve su rehabilitación general sancionando su carácter distintivo –más nacional que cualquier otra literatura europea– aceptado paulatinamente por los críticos franceses» (p. 154). El prólogo, de Philippe-Albert Stapfe, refleja, con cierta prudencia, la actitud de Bouterwek que difiere de los postulados del postclasicismo aún reinante, y sirve de piedra de toque para evaluar su recepción en Francia.

Cours de littérature dramatique de Schlegel, en traducción de Mme Necker de Saussure, recopila las lecciones magistrales sobre el género dramático que dictó en Viena en 1808. Presenta sucintamente las circunstancias históricas que dieron forma al carácter español inclinado a lo maravilloso, al igual que su producción literaria. Su crítica, más virulenta que de la Bouterwek, se opone a la ideología de los neoclásicos empeñados en imponer el modelo francés y el mensaje moral y didáctico. Gracias a la interpretación de Schlegel, las dramaturgias españolas e inglesas regresan con honores al centro del canon europeo. Asimismo el consejo de Schlegel a sus compatriotas (adopción de las formas de las literaturas extranjeras pero no del fondo, en el cual debe verse el carácter propio de cada nación), fue divulgado en numerosos manuales e historias a partir de mediados de siglo y en reseñas francesas y españolas.

En 1813, aparece la traducción de *De la littérature du Midi de l'Europe*, que recopila las trece lecciones dedicadas a la literatura española en el curso público que

Sismondi diera en Ginebra, entre 1811-1812. Va dirigido a «un auditorio mundano con el que el autor comparte su formación en la estética clásica del siglo XVIII y proclama la primacía de lo bello, la verdad, la imitación de la naturaleza y el buen gusto junto a una reivindicada sensibilidad» (p. 170). Incorpora minuciosas noticias biográficas, nuevos pasajes y adopta el método comparativo. Condena la represión del despotismo político y la poderosa influencia del clero. Si, por una parte, acepta la singularidad de la nacionalidad literaria española, por otra, no le reconoce la calidad que otorga a la francesa por haber bebido a las fuentes clásicas. La difusión de esta visión tendrá serias repercusiones, ya que será el punto de partida de varios críticos generalistas de fines de siglo.

Numerosos estudios, recopilaciones, cursos generales y artículos que, por lo controvertido de la época, se ocupan más de civilización que de literatura, vienen a sumarse, durante la década de los treinta, a las traducciones, artículos generales y reseñas ya existentes. Las aportaciones de la prensa periódica son muy valiosas: Mérimée, Florán, Louis Viardot, etc., de cuya obra Álvarez Rubio hace una minuciosa descripción, ponen de relieve las discrepancias respecto de aquellos que les precedieron.

Impresos en folletos o insertados en la prensa, los cursos magistrales impartidos desde las recientes cátedras estatales contribuyeron también a la difusión de la literatura española. Se mencionan: Philarète Chasles, cuyos artículos se recogieron en *Études sur l'Espagne et sur les influences de la littérature espagnole en France et en Italie*; Quinet, que predicó sus cursos en el Collège de France, del cual sería destituido por sus ataques a la Compañía de Jesús y a la política gubernamental; Damas-Hinard, que ocupó el puesto de Quinet tras su destitución, y que se limitó a difundir nociones generales ya aceptadas. Completan la difusión numerosos resúmenes editados en la prensa, así como algunos manuales divulgadores entre los que se destaca el *Atlas historique et chronologique des littératures anciennes et modernes des sciences et des beaux-arts*, coordinado por Adrien Jarry de Mancy. En esa época en que el comparatismo empieza a prosperar, la *Historia comparada de las literaturas españolas y francesa*, de Adolphe-Louis de Puibusque, merece mención especial. Sin embargo, la publicación del siglo XIX que reúne prácticamente todos los sufragios de la crítica –según palabras de Álvarez Rubio– es la documentada *History of Spanish Literature* del americano George Ticknor, aunque no gozó del favor de algunos de sus contemporáneos. Juez severo de su obra, Mérimée la resumió, finalmente, como: «catálogo excelente, útil para las bibliotecas por su meticulosidad, sus abundantes análisis y traducciones fieles y elegantes, antes que una verdadera historia literaria» (p. 261).

La premisa mayor de los manuales y las historias franceses de ese período es la identificación de la nacionalidad literaria y política. Los estudiosos de la literatura no separan sus comentarios literarios de las reflexiones sobre la vida política. En ese con-

contexto, Eugène Baret publica la primera *Histoire de la littérature espagnole depuis ses origines les plus reculées jusqu'à nos jours*. Comparte la idea de que lo mejor de la producción española pertenece al pasado, a una época muy concreta, aunque diga, con otros, que confía en la renovación contemporánea. En 1876 se publica *Histoire de la littérature contemporaine en Espagne*, obra de Gustave-Nicolas Hubbard, que contrasta enormemente con la de Baret, puesto que su autor la enfoca en el presente y hace de la materia contemporánea su principal objeto de análisis. El recorrido que lleva a cabo sobre el siglo XIX llega jalonado por los principales hechos político-sociales, mediante los cuales Hubbard analiza las transformaciones de la sociedad española a la luz de los avances revolucionarios. Aparecen nombres –Larra, Espronceda, Gil y Zárate, Bretón de los Herreros, Fernán Caballero, Trueba, Bécquer, etc.– que, según su criterio, no se evaluaron convenientemente en las obras que le precedieron. La divulgación en Francia de un extenso corpus de autores contemporáneos será una de las mayores aportaciones de Hubbard a la historia literaria.

Al tiempo que se efectúa el lento proceso de especialización impulsado por Paul Meyer o Gaston Paris, cuyo testimonio recogen para el hispanismo naciente Morel-Fatio o E. Mérimée, se elaboran colecciones de historias de la literatura europea que mantienen la aspiración taxonómica y totalizadora de la etapa anterior. Destacan la de Alfred Bougeault, *Histoire des littératures étrangères* y la de Jacques-Auguste Demogeot, *Histoire des littératures étrangères dans leurs rapports avec le développement de la littérature française*.

Una parte dedicada a las antologías, cuya valiosa contribución a la canonización de obras y autores es bien conocida de todos los docentes, pone punto final a esa vastísima exposición. Introducidas sutilmente en las historias de la literatura del siglo XIX, en los relatos de viajes o en algunos artículos literarios, se encuentran también en colecciones creadas ex profeso para divulgar la literatura entre un público medianamente culto. Entre las antologías españolas más consultadas en Francia durante la primera mitad del siglo XIX se citan la selección teatral de García de la Huerta, el *Parnaso español* de López Sedano y la colección patrocinada por Ramón Fernández. Adentrándose ya en el siglo XIX, las analectas de Quintana, del P. Mendíbil y M. Silvela o la de Marchena. En las décadas siguientes destaca la labor difusora de Eugenio de Ochoa en la *Colección de los mejores autores españoles* iniciada por Baudry en 1838. Durante los años treinta y cuarenta, uno de los florilegios más difundido es *L'Espagne poétique*, de Juan María Maury, emigrado de la primera oleada, que se ocupó de hacer sobresalir ciertos nombres olvidados, entre ellos el de Jovellanos. Victor Rendu publica una antología de pasajes literarios españoles en prosa y en verso, *Leçons espagnoles de littérature et de morale*, a imagen del compendio educativo de Noël y De la Place, panorama histórico literario basado en las opiniones entonces autorizadas. En 1845 aparece el *Tableau de la littérature espagnole*, de Francisco Piferrer (uno de los bastio-

nes del hispanismo francés institucionalizado décadas más tarde), que incluye diversos fragmentos originales escogidos de entre los mejores autores españoles, con un criterio eminentemente historicista.

Los límites impuestos a una reseña, por una parte, y, por otra, la riqueza informativa de la obra que nos ocupa, nos impiden dar cuenta, como quisiéramos, de la lectura que hemos llevado a cabo. Más que una excusa, es una invitación dirigida al lector para que se aventure por esa jungla de la historia literaria. La exposición detallada, por parte de Álvarez Rubio, de cada una de las obras citadas merece nuestra más sincera consideración. Solo así se comprenden los factores que han configurado nuestro haber literario, el porqué de la ausencia de ciertos autores, de la repetición de ciertos tópicos de los que parece imposible librarnos, de aquello que, a nuestro juicio, constituye un error, de aquellos aspectos «olvidados», etc. Vemos como se avanza y se retrocede en el mundo de las ideas según la ideología personal, la sensibilidad, los objetivos o los intereses de quienes hacen la historia. Es cierto que no es nada nuevo, pero la importancia no reside en la novedad, sino en el gran trabajo efectuado por la autora para darnos cuenta de ello y facilitarnos un valioso material de difícil acceso. Y en este sentido van mis elogios y mi más sincera felicitación.